

Lunes, 13 de abril 2020      Octava de Pascua

*“Todas mis fuentes están en ti” (Sal 87,7)*

**Hch 2,14.22-33 A este Jesús Dios le resucitó; y nosotros somos testigos.**

**Sal 15,1-2.5.7-11 «Tú eres mi Señor, mi bien, nada hay fuera de ti».**

**Mt 28,8-15 Se asieron de sus pies y le adoraron.**

Jesús está acreditado por Dios, que hizo en él milagros, prodigios, y señales no sólo como vieron, sino como vemos. Y que según el designio de Dios lo mataron y clavaron en la cruz. Es Dios quien hace en nosotros el querer y el actuar, para que llevemos a cabo lo que él quiere, el designio de su amor (Flp 2,12). A éste es al que Dios resucitó porque tenía el Espíritu Santo. No permitió que su santo conociera la corrupción.

En la Escritura Dios aseguró a David con juramento, que, en su trono, se sentaría un descendiente de su sangre, por eso hablo de la resurrección de Cristo, y de su resurrección somos testigos nosotros.

La experiencia de resurrección que vivieron las mujeres que fueron al sepulcro y lo encontraron vacío tiene que ver con el encuentro de Jesús mismo y las habló, y ellas lo tocaron y se asieron a sus pies; pies resucitados, carne resucitada a la que adoraron. Y les dio el mensaje de que sus hermanos lo verían en Galilea, en tierra de gentiles.

Los romanos que habían estado de guardia dieron fe de lo que había pasado, y los judíos que lo condenaron siguieron haciendo trampa, usaron el dinero y las influencias para seguir corrompiendo. No dejemos nosotros que puedan más las apetencias y agarremos a Cristo.

Se me alegra el corazón, mis entrañas retozan, y hasta mi carne en seguro descansa. Intentemos que en nuestro corazón habite el amor de Dios, para que amemos como somos amados. Es bueno que escuchemos del Padre las palabras que dijo a Jesús: Éste es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo. Ver con nuestros ojos la gloria de Dios que es nuestro destino. Recordemos a St<sup>a</sup> Teresa: *Si no has amor, ¿qué buscas en mí?* Es el amor el que nos hace ser criaturas nuevas.

Sábado, 18 de abril 2020

*“Lo que nos llega al alma se hace como motor de vida”*

**Hch 4,13-21 Eran hombres sin instrucción ni cultura.**

**Sal 117,1,14-21 Gracias te doy, porque me has respondido.**

**Mc 16,9-15 Al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron.**

Quienes han experimentado la alegría del Resucitado son reconocidos por su valentía al dar a conocer lo que viven, al mismo tiempo que contagian lo que disfrutan.

Se presentan dificultades a la hora de hablar de Jesús, pero la contestación la dan los apóstoles: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.»

María Magdalena, que se sentía profundamente perdonada, amada, experimentó la presencia de Jesús resucitado, y esa alegría de su presencia le impulsó a comunicar la noticia a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llorosos. Jesús nos echa en cara nuestra falta de fe.

La fe que no se celebra, termina por debilitarse y hasta puede llegar a morir: Cristo deja de vivir en mí. Cuando vive en nosotros nos impulsa a amar y a celebrarlo, pues actúa a través y por medio nuestro. Hagamos como nuestra Mamá, que escuchó la palabra de Dios, la entrañó, la celebró y la hizo misionera. Si no te sientes amado, cómo vas a ser amor si ésa es su gracia, su gratuidad, la que le precede.

Cuando hacemos de la religión un deber: tienes que..., debes hacer... ¿Dónde está la gracia? Primero escucha, después entraña, disfruta, y el amor en ti hará maravillas. Si estás lleno de amor, de perdón..., eso es lo que manifestarás, una buena noticia. Son frutos del Espíritu Santo: alegría, paz, bondad... El amor de Cristo es gratuito, pero es preciso darnos cuenta de la necesidad que tenemos de Dios.

Necesitamos experimentarlo personalmente. Id por todo el mundo y contagiad mi amor; proclamad la Buena Nueva a toda la creación.

Miércoles, 15 de abril 2020

*“Tengamos la palabra justa para corregir y sacar lo mejor de los demás”*

**Hch 3,1-10 En nombre de Jesucristo, el Nazareno, ponte a andar.**

**Sal 104,1.6-9 ¡Dad gracias, aclamad su nombre, divulgad sus hazañas!**

**Lc 24,13-35 El mismo Jesús se acercó y siguió con ellos.**

Cuántas veces nos quedamos en disquisiciones y no nos damos cuenta de otras cosas. Esperamos unas cosas y son otras las que necesitan tenerse en cuenta; sobre todo si se habla de trascendencia: Llevamos ya tres días desde que esto pasó: Habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Otros fueron, lo vieron, pero a él no.

Entonces, ¿qué necesitamos? Creer la palabra de Dios, empezando por Moisés y terminando con el Nuevo Testamento y la Tradición.

Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron. Y surge el anhelo de su presencia: Quédate con nosotros, y entró en su corazón a quedarse.

Realmente cuando escuchamos la palabra de Dios y la vamos saboreando constatamos que arde el corazón y nos entran ganas de compartir lo que experimentamos. Es que verdaderamente el Señor ha resucitado en nosotros.

¡Hijo, cuánto he esperado este momento! En que me dejas abrazarte. Como padres, ¡cómo sentimos el abrazo del hijo! Sabemos que el Padre ha puesto las cosas para que las disfrutemos. Sabemos del cariño de tantas personas que pone a nuestro lado, para que gocemos. Que las celebraciones, los ritos, los sacramentos..., son para que nuestra mirada, nuestro corazón lo pongamos en Él: que el Bautismo es nacer a él, en él; que la comunión es comerle a él para ser todos uno en él, con él, por él.

Cuando nuestros hijos nos piden ayuda, ¿no lo disfrutamos? También Dios disfruta cuando nos dejamos amar. ¡Qué abrazo más rico, ¿verdad?! No consentas, Señor, que nada nos separe de ti. Que como niños que saben que algo han hecho mal, volvamos a ti para que nos perdones y abrazes.

Jueves, 16 de abril 2020

*“La Iglesia nos ayuda a vivir este encuentro que anhela el alma”*

**Hch 3,11-26 Obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes.**

**Sal 8,2.5-9 ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?**

**Lc 24,35-48 Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo.**

Matamos al que nos lleva a la Vida. Pero Dios le resucitó para que nosotros seamos testigos de ello. Es la fe en él la que nos da la nueva vida.

Cuando el hombre peca, lo primero que hace Dios es salir a su encuentro: ¿Dónde estás? (Gn 3,9). El primer Tú a tú. Y lo que se le ocurre es ocultarse de él, tener miedo: Oí tus pasos y me dio miedo. Es que no conocemos su amor. No pregunta para culpar o condenar, sino para que no se aparte de él.

Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, y el Señor os consuele y envíe a Cristo Jesús.

Ya Moisés dijo: El Señor Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos; escuchadle todo cuanto os diga. Dios lo ha resucitado y lo envía para bendeciros y apartaros a cada uno de vuestras iniquidades. Pues, habiendo puesto todo bajo sus pies, lo haces responsable de sus actos.

Este Cristo nos trae la paz: «La paz con vosotros.» Y se le reconoce en la Eucaristía, en los sacramentos. La creación y la redención dependen de él. De esto nos hablaba en su vida mortal: ¿Por qué duda nuestro corazón? Verdaderamente es amor encarnado: un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo. Pero es el Espíritu el que nos lo hace ver. Es el que abre nuestra mente para comprender las Escrituras y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados.

Si no somos testigos de esto, ¿qué nos falta? ¿Cómo es nuestra experiencia de amor de Dios?

La falta de fe nos impide echarnos en manos de nuestro Padre. Jesús nos dice: Mi Padre y vuestro Padre.

Viernes, 17 de abril 2020

*“El humilde no se extraña de su miseria”*

**Hch 4,1-12 ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso?**

**Sal 117,1-2.4.22-27 Dad gracias porque es bueno, es eterno su amor.**

**Jn 21,1-14 Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.**

A pesar de las dificultades que se presentan en la predicación hay muchos de los que oyen la Palabra, la creen. Es la fuerza de la Palabra, la que hace que sea seducida la mente y el corazón se abra para entrañarla. No hay otra, que pueda salvarnos.

Podemos ver cómo se reúne un grupo de discípulos. Uno toma la iniciativa de ir a predicar y los demás se apuntan y todos suben a la barca. Están en sintonía con la Iglesia, pero la predicación es un desastre, era de noche, no tenían luz. Pero Jesús estaba a la orilla y amanece. No sabían que era Jesús, y les dice: ¿No tenéis a nadie que os siga? Le contestaron: «No.» Entonces les dijo: Echad la red conmigo en la Iglesia y encontraréis. La echaron y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces.

El amor del discípulo es el que reconoce a Jesús: «Es el Señor». Pedro se reconoce desnudo, se viste y se lanza al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, y todos arrastran la red con los peces; no se encontraban lejos de tierra, de donde seguir viviendo la vida. En ella Jesús ya tiene preparada la comida y le dice: Traed algunos de los que ha sido predicados. Son muchos y no se rompe la red, la comunión.

Jesús nos anima a comer su Cuerpo y su Palabra, y el que es discípulo no necesita preguntar, porque sabe que es el Señor. Es él el que se nos da.

Jesús se manifiesta muchas veces a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. Y a nosotros hoy se nos da a comer su Cuerpo y su Palabra para que también nosotros lo reconozcamos.

Todo encuentro es posible si está Dios en el centro. Y sabemos que la mayor pobreza del ser humano es no conocer el amor de Dios.

Martes, 14 de abril 2020

*“No escuches a nadie más que a mí” (Dt 6,4).*

**Hch 2,36-41 Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado.**

**Sal 32,4-5.18-20.22 Tu amor en nosotros como nuestra esperanza en ti.**

**Jn 20,11-18 No me toques, que todavía no he subido al Padre.**

**¿Qué hemos de hacer, hermanos?** Escuchar la palabra de Dios, para que penetrando por nuestra mente transforme nuestro pensar y nos llegue al corazón, para sentir el amor que cambia nuestro ser, dejando que el Espíritu Santo nos habite. Ésta es la promesa que nos hace Dios.

No nos dejemos corromper por esta generación perversa, que nos lleva a prescindir de la verdad, a ir por caminos del error. La espiritualidad es una parte imprescindible para que el ser humano viva íntegramente.

El llorar es propio del duelo, del afecto que se tiene a la persona que ha muerto: Se inclinó hacia el sepulcro y se llegó a tener visiones: dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies, que la preguntan: ¿Por qué lloras? Echa de menos a su Señor, dónde le han puesto. Jesús también le hace la pregunta: ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?

La resurrección necesita la fe, sin ella pierde la trascendencia, nos quedamos en lo tangible. Se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no llegó a reconocerlo. Entonces la llamó por su nombre: María, y a ella se le abrieron los ojos y lo reconoció: Maestro.

Cuando lo reconoce es enviada a dar testimonio: Vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

El encuentro con Dios no sólo no impide, sino que empuja al encuentro con los hermanos. Nos ayuda a eliminar temores, nos da fuerzas y ánimos para seguir adelante y para hacer vida nuestra fe de forma coherente y consecuente.

Domingo, 19 de abril 2020

**2º de Pascua**

*“Es gratificante el amor pues siempre se recibe más de lo que se da”*

**Hch 2,42-47 Los creyentes vivían todos unidos...**

**Sal 117,2-4.13-15.22-24 Diga la casa de Israel: que es eterno su amor.**

**1P 1,3-9 Sin haberlo visto lo amáis, creéis en él y os alegráis...**

**Jn 20,19-31 El Padre me ha enviado, así os envió yo.**

Demos gracias a Dios por su gran misericordia, pues nos ha reengendrado: Tú eres mi hijo, yo mismo te he engendrado hoy (Sal 2,7), mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, dándonos una esperanza viva. Esta revelación nos hace rebosar de gozo, aunque tengamos que pasar por diversas pruebas para probar nuestra fe.

La presencia de Jesús siempre nos trae la paz. Una presencia de su cuerpo carnal y al mismo tiempo resucitado. En el que creemos y a quien amamos. Esa presencia nos lleva a recibir el Espíritu Santo.

Sin el Espíritu no podemos alcanzar esa experiencia, esa revelación por mucho que nos digan: «Hemos visto al Señor.» Muchas veces necesitamos ver y tocar para creer.

Jesús siempre está atento y cercano para el que quiere creer, y nos anima con su palabra, con el ver y tocar, a experimentar y gozar su amor. Es cuando se llega a reconocer su amor hasta el extremo, su perdón, su amor entrañable que nos lleva a decir: «Señor mío y Dios mío.»

Jesús realiza con su presencia en la Palabra y en los actos de amor de las personas, muchas señales que nos llevan a reconocer esa presencia, y creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y así, creyendo en él tengamos vida en su nombre. De este modo conocemos el amor humano de Dios. Sin él, sin la Palabra, no se hizo nada de lo que ha sido hecho.

Jesús se queda, come con nosotros cuando le abrimos la puerta, y nos abre el entendimiento, para que podamos comprender lo que ha sucedido. Nos quiere testigos, para que podamos hablar desde la experiencia, y predicar no de cualquier manera, sino en su nombre.

## Pautas de oración

No seas incrédulo, sino creyente.



«Señor mío y Dios mío.»

*DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES*